



## Eucaristía de la Fiesta de la Santa Faz

Santuario de la Santa Faz, 23 de abril de 2020

En las palabras del Evangelio que acabamos de escuchar se nos ofrece una luminosa síntesis del significado de la vida y la misión de Jesús, que culminan en su Cruz y Resurrección: “Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único, para que no perezca ninguno de los que creen en Él, sino que tengan vida eterna” (Jn 3,16). **La Historia de Jesús es una historia de amor a la Humanidad**, que tiene su origen en la misericordia del Padre, y que tiene por finalidad que no perezcamos, sino que alcancemos la vida eterna.

**Historia de amor, también, es el origen de este lugar y de la devoción a la Santa Faz en Alicante.** En mosén Pere Mena, sacerdote de S. Joan de la segunda mitad del siglo XV, llegó a crecer una especial veneración hacia la reliquia que, en su estancia en Roma, recibió como parte del lienzo con el que la Verónica limpió el rostro del Señor en su Pasión. Este regalo que llega a él parece que no le presta especial atención, hasta que, tras una serie de sucesos, cambia y se produce en él tal veneración que ante una dramática situación de sequía, decide sacar la reliquia en rogativa. El Señor corresponde a ese amor con el que se le invoca con una serie de prodigios, iniciados aquí el ya histórico 17 de marzo de 1489. Aquel día se inició una relación muy especial entre las buenas gentes de Alicante, y su entorno, y la Santa Faz. Se inició una historia de amor y de veneración que llega bien viva hasta nosotros.

Desde entonces Alicante, y las poblaciones hermanas como Sant Joan, Mutxamel y otras, han expresado su devoción día a día, y destacadamente cada año en la Peregrina; además de acudir Alicante a por la Santa Faz, siempre que ha tenido una especial necesidad de experimentar el amparo de la misericordia de Dios,

conduciendo la reliquia a la ciudad. Hablamos de más de 530 años de historia.

**Ese amor y veneración llegan hasta nosotros.** Recientemente, han sido muchas y significativas las muestras de ese deseo de hacer presente en la ciudad a la Santa Faz, no sólo desde las instituciones históricamente vinculadas a la misma, el Ayuntamiento de la ciudad y el Cabildo de S. Nicolás, sino desde las más diversas personas y realidades sociales, como bien patente lo ha dejado el escrito elevado por el “Colectivo de colectivos”, el mundo de nuestras fiestas más grandes y significativas, bien diverso en sí mismo pero confluyente en el sentir y el deseo en torno a la venida de la Santa Faz, que reclamaba su presencia en la ciudad, y que no sólo ha recordado la no interrumpida tradición de su venida en situaciones dramáticas, sino la necesidad de su venida a Alicante en la presente terrible pandemia, ante la que -como decían- se necesita no solo ayuda sanitaria, sino también psicológica y espiritual.

Estas **necesidades de las personas en la presente coyuntura**, en una situación quizás única en la historia: por su dimensión universal, por los enormes interrogantes que existen todavía sin respuesta, y por la quiebra de confianzas a la que casi todo conlleva; me hacen fijar la atención en tres palabras muy propias de la historia de la Santa Faz, como son: la sequía, la lágrima, la Verónica.

La palabra **sequía**, tan propia de esta tierra nuestra en grandes periodos de tiempo, y que movió a aquella rogativa de la que hemos hablado. También nuestros tiempos son tiempos de sequía, de grandes necesidades. Sobre todo de sequía de Dios. Dios cuenta poco en nuestras vidas. Jesús, y todo lo que significa, se ve arrinconado a lo privado, casi a lo íntimo, casi a lo insignificante. Y así nos va. La sequía de Dios tiene que ver con tantas sequías, con tantas necesidades profundas en la realidad familiar, en el respeto a la vida, en la educación, las relaciones y los valores.

¿Cuántas sequías bien actuales, nos deberían mover a acudir a la Santa Faz y a llevarla a nuestras vidas?

Nuestras circunstancias presentes son enormemente complejas: junto a un mar de heroísmos y de entrega de tantos buenos profesionales y buenas personas, cuanta sequía, también, en muchos, no ya de saberes, sino de sabiduría, de bondad, y de pura humanidad.

La **lágrima** en la mejilla del Señor, tan singular que determina la iconografía específica de nuestra Santa Faz, puede ser contemplada como expresión de su misericordia hacia nosotros, sumidos en las grandes carencias mencionadas, como un reflejo de sus palabras camino del Calvario dirigidas a las mujeres que “lanzaban lamentos por Él”, y a las que dijo: “no lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos” (Lc 23, 27-28). Expresión, pues, de su compasión que se enternece sintiendo pena por nosotros, y que reclama nuestra fe y confianza en Él, desde esa lágrima, expresión de su amor y de su misericordia.

Pero la Santa Faz, y la reliquia que según constante tradición contiene, nos remite mucho a una apersona y a un gesto singular en la Pasión del Señor: la **Verónica**, mujer misericordiosa y valiente que ante el sufrimiento de Cristo, ante su Santa Faz, su rostro cubierto de salivazos y sangre, da un paso adelante, y su compasión no queda en sentimiento y palabra sino en acción de remedio y de alivio, que con riesgo y decisión, ante el Jesús abandonado de todos, objeto de odio y de desprecio, se acerca en un gesto de piedad y compasión y con un lienzo limpia su rostro. Cuanto nos puede evocar esto a gestos, a personas ejemplares de nuestros tiempos, a esos “santos de la puerta de al lado” de los que nos ha hablado papa Francisco: médicos ejemplares y personal sanitario y de servicio, capellanes y voluntarios en hospitales, religiosas y personal de residencias de ancianos, familiares y personas allegadas que no han querido abandonar a los que sufren, y han podido hacerlo, pudiendo limpiar su rostro, su sufrimiento y su soledad. Hagamos como Verónica a tanto Jesús abandonado, solo, necesitado, que está ahí sufriendo esta pandemia, y también en cuantos pasan necesidad en nuestras cercanías y en este ancho mundo, más allá de la enfermedad que nos paraliza.

Queridos hermanos, en las presentes circunstancias, ni hemos podido venir en la Peregrina hasta la Santa Faz, ni ella ha podido entrar en nuestra ciudad, tal y como hemos querido y por vosotros no ha quedado, pero eso sí, quizá como nunca **ha entrado en nuestras casas**; que ello conlleve que hoy entre un poco más en nuestras vidas. Jesús sabe y quiere que si algo no toca el corazón y lo cambia de poco vale ante Dios. Que este amor que hoy celebramos no quede fuera, sino que toque el corazón de nosotros para que **nos comprometamos** a limpiar el rostro de Jesús en los que sufren, también el rostro de Jesús en nosotros mismos, para que como nos pedía S. Pablo en su carta proclamada, reflejemos “la gloria del Señor” (2Cor 3,18).

Dentro de un momento, en la Eucaristía, no ya el rostro, sino la plenitud de Jesús va a estar en medio de nosotros. **Démosle gracias** por el don y el regalo que para nuestra tierra, para nuestra Iglesia, ha significado y significa la Santa Faz, memoria, reliquia, recuerdo único de su amor. Hagamos memoria suplicante ante Él, de los difuntos, enfermos y familias, de los profesionales sanitarios y de servicios, de los gobernantes y demás servidores públicos. **Hagamos cumplida memoria** de los benditos antepasados que sembraron y educaron en la fe y el amor a la Santa Faz, y la hicieron bandera de unión y de identidad alicantina, por encima de los intereses y las sensibilidades. Que su memoria nos ayude a cuidar un tesoro que une a nuestras gentes en su diversidad, como ha quedado bien patente, en estos tiempos necesitados de acuerdos leales, respeto y unidad.

Pero para la fe cristiana todo no queda en hermosas memorias y simples voluntades. Ante la Santa Faz, signo de misericordia y de amor, se nos recuerda que nuestra misión es ser **misioneros activos de su amor**. Ante el drama de la pandemia que tenemos delante y sus consecuencias laborales, culturales y sociales no menos impactantes, me hago eco de la actitud de papa Francisco que considera a estas circunstancias un gran **reto** a nuestras personas y sociedades. El día 12 de abril, domingo de Pascua, nos decía: “Espero que este momento de peligro nos saque del piloto automático, sacuda nuestras conciencias dormidas y permita una **conversión**

humanista y ecológica que termine con la idolatría del dinero y ponga la dignidad y la vida en el centro. Nuestra civilización... necesita bajar un cambio, repensarse, regenerarse”.

Hermanos, son **tiempos recios**, como diríamos con palabras de Santa Teresa de Jesús, que necesitan personas sabias y comprometidas; personas llenas de fe, del amor y la bondad que nos transmite la Santa Faz. En momentos así, de tanta necesidad, digamos de corazón: **“¡Faz divina! ¡Misericordia!”**.

✠ **Jesús Murgui Soriano**

Obispo de Orihuela-Alicante